

Autonomous thinkers, irrational thinkers

JOSÉ ÁNGEL GASCÓN

ABSTRACT

We are living, it is often said, in a time that is characterised by the rise of irrational beliefs and the disregard of scientific knowledge. However, our time is also characterised by the praise—at least in words—of critical thinking against unreflective gullibility. It is doubtless necessary to take various factors into account in order to explain this apparent paradox. In this paper I will focus on one factor that concerns our very conception of critical thinking and that, in my view, contributes to the escalation of irrationality: the exaltation of autonomy. I will argue that the emphasis of cognitive autonomy both by philosophy and by the divulgation of critical thinking turns out to be harmful in two respects. On the one hand, the praise of cognitive autonomy may cause the rejection of scientific knowledge that contradicts our personal experience. This is perhaps most clearly seen in the case of those who believe in pseudo-therapies. On the other hand, the emphasis on autonomous reflection contributes to the formation of a false confidence in biased reasoning. Against these two problems, I will defend the epistemic virtues of rational trust and argumentation.

WORK TYPE

Article

ARTICLE HISTORY

Received:

29-May-2019

Accepted:

5-July-2019

Published Online:

24-November-2019

ARTICLE LANGUAGE

Spanish

KEYWORDS

Argumentation

Autonomy

Experts

Reflection

Biases

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2020

J. A. Gascón (✉)
Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile
email: jgascon@ucsc.cl

Disputatio. Philosophical Research Bulletin
Vol. 9, No. 13, Jun. 2020, pp. 0-00
ISSN: 2254-0601 | www.disputatio.eu

Pensadores autónomos, pensadores irracionales

JOSÉ ÁNGEL GASCÓN

No me empeñaré en que a los presentes les parezca ser verdad lo que yo digo, a no ser por añadidura, sino en que a mí mismo me parezca tal como justamente es.

Sócrates en Fedón 91a

I don't spend a lot of time taking polls around the world to tell me what I think is the right way to act. I've just got to know how I feel.

George W. Bush

§1. Introducción

LA IDEA DE QUE VIVIMOS EN UN MOMENTO HISTÓRICO caracterizado por el auge de las creencias irracionales —pseudoterapias, teorías de la conspiración, supersticiones— se ha convertido en un lugar común. Motivos no faltan. Según una encuesta Gallup realizada en 2005¹, el 73% de los estadounidenses cree en la existencia de al menos uno de los siguientes fenómenos:

Percepción extrasensorial. (41%)

Casas encantadas. (37%)

Fantasmas o espíritus de personas muertas. (32%)

Telepatía. (31%)

Clarividencia. (26%)

Astrología. (25%)

Comunicación mental con los muertos. (21%)

Brujas. (21%)

Reencarnación. (20%)

¹ David W. Moore (2005). *Three in Four Americans Believe in Paranormal*. Gallup. Available at: <https://news.gallup.com/poll/16915/three-four-americans-believe-paranormal.aspx>

Posesión del cuerpo por espíritus. (9%)

En España, la VIII Encuesta de la percepción social de la ciencia y la tecnología, realizada en 2016 por la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT), estudió la adhesión de la población a prácticas pseudocientíficas y supersticiosas. Para cada una de las siguientes frases que se presentó a los encuestados, se indica entre paréntesis el porcentaje de ellos que se identifican algo, bastante o mucho con ella (FECYT, 2017, p. 216):

La acupuntura funciona. (68,6%)

Los productos homeopáticos son eficaces. (59%)

Hay números y cosas que dan suerte. (27,9%)

Confío en los curanderos. (23%)

Creo en los fenómenos paranormales. (22,7%)

Sucede lo que pronostican los horóscopos. (14,9%)

Como puede verse, especialmente en el caso de pseudoterapias como la acupuntura y la homeopatía, la aceptación es muy alta. Esto, dicho sea de paso, no puede deberse simplemente a la ignorancia o la escasez de conocimientos científicos, ya que entre quienes solo tienen estudios primarios o inferiores es *menor* la aceptación de la acupuntura (58,2%) y de la homeopatía (51,6%).

Naturalmente, lo que sorprende de todo esto y hace temer por la salud intelectual de nuestra época —lo que nos hace hablar de un «auge de la irracionalidad»— no es solo el gran número de personas que mantienen tales creencias. Si de eso se trata, en la actualidad estamos comparativamente bien. Pensemos, por ejemplo, en el porcentaje de personas que creían en la astrología o en las brujas durante el Renacimiento —sin duda, debe de haber sido mucho mayor que el 25% y el 21% de la población estadounidense actual que, como se ha mostrado, cree en tales cosas—. Lo que nos desconcierta es más bien que hoy en día el conocimiento científico ha avanzado lo suficiente —sobradamente, de hecho— para mostrar la falsedad de tales creencias. Por algún motivo, creencias demostradamente falsas todavía son aceptadas por porcentajes muy elevados de personas.

Además, como hemos visto en el informe de la FECYT, no se trata de un simple problema de desconocimiento de la ciencia. Quizá una novedad de estos tiempos sea el rechazo expreso y público, por parte de amplios sectores de la

sociedad, de teorías y conclusiones científicas. Incluso hemos llegado a ser testigos de la rápida difusión, en las pasadas décadas, de un movimiento que niega un dato científico tan básico y concluyentemente demostrado como el de que la Tierra es (aproximadamente) esférica, para defender que, en lugar de ello, es plana². La negación de información contrastada se hace ahora de manera directa y descarada. A comienzos de 2017, el Secretario de Prensa de la Casa Blanca afirmó que a la investidura de Donald Trump como presidente de EEUU habían acudido más asistentes que a cualquier otra en todo el mundo³. Cuando, el 22 de enero de 2017, se le preguntó a Kellyanne Conway, consejera del presidente, por esa afirmación manifiestamente falsa, ella contestó que el Secretario de Prensa había proporcionado «hechos alternativos»⁴. Da la impresión de que cada vez está más extendida esa actitud de responder a la presentación de pruebas y datos con un impasible «pues yo creo que...», con esa indiferencia hacia la verdad que según Harry Frankfurt (2005) caracteriza las *sandeces* (*bullshit*).

A todas estas consideraciones —que son bien conocidas— me gustaría añadir una que puede resultar paradójica y en la que me centraré en este artículo. Además de todo lo ya mencionado, debe admitirse que en la época actual no escasea cierto discurso de ensalzamiento del pensamiento autónomo y crítico. Aquella exhortación ilustrada de «piensa por ti mismo» — recordemos a Kant en *Qué es la Ilustración*: «*Sapere aude!* ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento!» — está más de moda que nunca. Quizá en otras épocas resultara aceptable, entre una mayoría de la población, reconocer abiertamente que uno cree lo que alguien le ha dicho que debe creer, pero hoy en día eso resulta mucho más raro. Independientemente de las creencias que uno tenga —ya tengan un fundamento científico o sean simple pseudociencia—, la mayoría de nosotros aseguramos ser críticos⁵. En cuestiones tanto científicas

² The Flat Earth Society: <https://theflatearthsociety.org>

³ Chris Cillizza (2017). Sean Spicer held a press conference. He didn't take questions. Or tell the whole truth. *The Washington Post*. Available at: <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2017/01/21/sean-spicer-held-a-press-conference-he-didnt-take-questions-or-tell-the-whole-truth>

⁴ Aaron Blake (2017). *Kellyanne Conway says Donald Trump's team has 'alternative facts.' Which pretty much says it all.* *The Washington Post*. Available at: <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2017/01/22/kellyanne-conway-says-donald-trumps-team-has-alternate-facts-which-pretty-much-says-it-all/>

⁵ Harambam y Aupers (2016) realizaron una entrevista a 20 teóricos de la conspiración holandeses y comprobaron que ellos se identifican como «pensadores críticos» y «pensadores libres».

como políticas o religiosas, lo habitual es preciarse de pensar por uno mismo y de ser crítico. Naturalmente —como el lector probablemente estará pensando al leer este párrafo—, el hecho de que alguien se *considere* un pensador crítico no implica que *sea* un pensador crítico. De hecho, uno podría pensar, al ver los datos con los que he comenzado este artículo, que los auténticos pensadores críticos son una minoría. Pero lo interesante aquí es: ¿qué tiene el concepto de pensamiento crítico para que esa difusión de ideas irracionales sea compatible con un discurso que lo ensalza?

La filosofía — también se repite incansablemente — nos enseña a pensar y a ser críticos. No obstante, en comparación con otras épocas, debe admitirse que la enseñanza de la filosofía está muy extendida. Probablemente nunca antes tantos jóvenes de todas las clases sociales habían tenido acceso a las teorías de Platón, Aristóteles, Descartes o Hume. Alrededor de 30 países europeos, así como Estados Unidos, incluyen la filosofía en la educación secundaria (UNESCO, 2011, p. 40). Además, tanto en Estados Unidos como en Canadá han proliferado durante las últimas décadas los cursos de pensamiento crítico (*critical thinking*). ¿A qué se debe, entonces, ese supuesto repunte de las creencias irracionales, a pesar de la difusión de la filosofía y del valor que nuestras sociedades otorgan al pensamiento crítico?

Sin duda, la explicación de esta aparente paradoja será compleja y deberá incluir multitud de factores. Aquí, sin embargo, me ocuparé de uno que — sospecho— está facilitando el auge de las creencias irracionales y de la negación del conocimiento científico: el excesivo énfasis de la filosofía en la autonomía cognitiva. Argumentaré que la idea, insistentemente repetida, de que el pensamiento crítico consiste en la autonomía en la cognición y en el razonamiento, por oposición a las influencias de los demás, empobrece nuestras habilidades cognitivas y nos desvía de la cuestión realmente pertinente —de qué modo deberían influirnos los demás—. En la siguiente sección, trataré este punto en relación con la adquisición de conocimiento. En la sección 3, abordaré los problemas que causa la autonomía en el razonamiento. Aunque, como es natural, me centraré en los aspectos de la filosofía y del pensamiento crítico que considero criticables, espero que se entienda que mi objetivo no es proponer su eliminación sino argumentar a favor de un cambio de perspectiva en la forma como se enseñan estas disciplinas.

Lamentablemente, no he encontrado estudios más amplios sobre la medida en que la gente se percibe a sí misma como pensadora crítica. Sería interesante ver si confirman (o desmienten) mis sospechas.

§2. La autonomía en el conocimiento

Tradicionalmente, la epistemología se ha ocupado de las cosas que podemos conocer por nosotros mismos. Una de las grandes discusiones en la historia de la filosofía, que suele ocupar un lugar destacado entre los contenidos de las asignaturas de filosofía en niveles preuniversitarios, es la del empirismo frente al racionalismo. ¿Adquirimos conocimiento auténtico por medio de los sentidos o por medio de la razón? Aparte de la síntesis de estas dos corrientes que supuso el idealismo trascendental de Kant, los estudiantes normalmente completan su formación en filosofía sin oír ninguna mención a alguna otra fuente de conocimiento. No es difícil, por tanto, que se formen la impresión de que los sentidos y la razón, ambos relativos a un individuo que no se relaciona con nadie, son las únicas fuentes de conocimiento — o, al menos, las únicas valiosas—.

Descartes, Locke y Hume se cuentan —no hace falta decirlo— entre los filósofos más importantes de la historia de la filosofía y también, naturalmente, entre los más populares. Ningún curso preuniversitario de filosofía puede dejar de mencionar las teorías de estos tres pensadores. Las ideas en las que tales cursos suelen centrarse son las correspondientes a sus teorías del conocimiento, y en los tres casos el contexto que se asume es el de un individuo aislado que intenta formarse creencias verdaderas y fiables sobre el mundo.

En Descartes esto no es solo el trasfondo sobre el que discurre su pensamiento sino incluso una declaración explícita. En la Primera Parte del *Discurso del método*, tras haber mostrado su decepción por las debilidades de las letras y las ciencias, decide —asegura— abandonar el estudio de los libros y «no buscar otra ciencia sino la que pudiera hallar por mí mismo, y en el gran libro del mundo». A continuación, en la Segunda Parte, como es bien sabido, Descartes sostiene que lo que ha aprendido durante toda su educación es poco fiable —a su juicio— porque es el resultado de las investigaciones de muchas personas, y por esa razón «no son tan próximas a la verdad como los simples razonamientos que puede hacer un hombre de buen sentido respecto de los problemas que se le presenten». En consecuencia, se propone construir un sistema de conocimientos «sobre cimientos enteramente míos».

El empirismo clásico, centrado en lo que un individuo puede conocer por medio de sus propios sentidos, asume implícitamente el mismo paradigma individualista. El conocimiento no es algo que se produzca en comunidad sino algo que adquiere una sola persona en relación con el mundo que la rodea. Y, al igual que pensaba Descartes, lo que nos comunican otras personas está siempre bajo sospecha y no puede considerarse como verdadero conocimiento.

Así, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, encontramos una sección con el ya familiar título de «Los hombres deben pensar y conocer por sí mismos», en la que se afirma:

En la medida en que nosotros mismos consideramos y alcanzamos la verdad y la razón, en esa medida somos poseedores de un real y verdadero conocimiento. El hecho de que en nuestros cerebros circulen las opiniones de otros hombres, aunque sean verdaderas, no nos hace ni un ápice más conocedores (Locke, Libro I, § 23).

Hume, es cierto, dice sobre el testimonio que «no hay un tipo de razonamiento más común, más útil o incluso más necesario para la vida humana». No obstante, sus reflexiones sobre el testimonio se limitan a ser poco más que ese y otros comentarios en la sección «De los milagros» de su *Investigación sobre el conocimiento humano*. No presenta una teoría sobre el testimonio ni le atribuye un papel importante en el conocimiento — como sí se lo atribuye a los sentidos y la memoria—.

Naturalmente, se trata solo de tres filósofos que, además, pertenecen a otra época —cuando la ciencia moderna apenas había comenzado a nacer—. Alguien podría decir —acertadamente— que no son representativos del estado actual de la filosofía. Y de hecho que incluso en su propio tiempo hubo algún pensador que asumió una perspectiva diferente. En el siglo XVIII, por ejemplo, el filósofo escocés Thomas Reid consideró el testimonio como una fuente fundamental de conocimiento, al mismo nivel que la percepción, la inferencia y la memoria (Coady, 1992, p. 23). Pero Reid es uno de esos personajes que suelen estar ausentes en los cursos no especializados de filosofía y el testimonio no se estableció como una cuestión seria en epistemología hasta la década de 1990 (Greco, 2012). Los cursos preuniversitarios de filosofía, esos que —según se nos insiste— nos «enseñan a pensar», no incluyen estas cuestiones. Se centran en lo que uno puede conocer por sus propios medios. Como dijo Gilbert Ryle a C. A. J. Coady (Coady, 1992, p. ix): «Los filósofos han pasado demasiado tiempo preguntándose qué y cómo *yo* conozco, cuando deberían haber estado preguntándose qué y cómo *nosotros* conocemos».

Este individualismo resulta también evidente en los manuales de lógica y de argumentación, como puede verse en el tratamiento que hacen de los argumentos de apelación a la autoridad o *ad verecundiam*. Este tipo de argumentos, por medio de los cuales el hablante puede apoyarse en la opinión de un experto fiable para respaldar una creencia, han sido vistos tradicionalmente con recelo. Locke, quien inventó el término «*ad verecundiam*» en su *Ensayo* (Libro IV, cap. XVII, §19), define este argumento de modo que

«consiste en invocar las opiniones de hombres que, por su inteligencia, por su doctrina, por su eminencia, por su poder, o por alguna otra causa, han adquirido fama y han establecido su reputación en grado de autoridad ante la opinión común». De entrada, llama la atención que sea lo mismo invocar la opinión de un hombre por su inteligencia que invocarla por su poder —como si tuviera el mismo valor en ambos casos—. Aunque Locke no dice explícitamente que se trate de una falacia, después, al explicar el argumento *ad judicium* (§22), afirma que «solo este trae consigo verdadera instrucción y nos adelanta en el camino del conocimiento».

Posteriormente, en épocas más cercanas a la nuestra, ha sido habitual que el argumento de autoridad sea considerado como una falacia. Como explica Douglas Walton (1997, p. 33), hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX el argumento de autoridad pasó a formar parte de las listas de falacias en los libros de texto de lógica. Esto no ha sido así siempre, pues, como señala Hamblin (2016, p. 50): «A lo largo de la historia, los argumentos de autoridad aparecen en las listas de formas argumentales válidas tan a menudo como en las listas de falacias.» En cualquier caso, incluso en tiempos recientes encontramos rechazos de este tipo de argumento en textos influyentes. En su propuesta de un conjunto de «herramientas para el pensamiento escéptico», el influyente divulgador Carl Sagan (1997, p. 197) incluía la afirmación de que «los argumentos de autoridad tienen poco peso», ya que en la ciencia «no hay autoridades»⁶. Y, en su manual sobre falacias, Bordes Solanas (2011, p. 215) sostiene que «a las opiniones autorizadas se las puede citar como ilustraciones, pero nunca tomarlas como base de justificación sin argumentar independientemente».

Es cierto, sin embargo, que en el ámbito de la argumentación las cosas han cambiado durante las últimas décadas. Precisamente Walton fue uno de los primeros en rescatar el argumento de autoridad de las clasificaciones de falacias para defender que se trata de un argumento razonable en ciertos casos. Así, en lugar de rechazar toda referencia a una autoridad en la argumentación, se esforzó por determinar las condiciones en las que tal apoyo es razonable. El conjunto de preguntas críticas que propuso para evaluar el argumento de autoridad involucra aspectos cruciales tales como si la afirmación se encuentra en el campo de competencia del experto, si existe algún desacuerdo entre los expertos sobre esa cuestión o si existen pruebas que respalden la opinión del experto (Walton, 1997, p. 211). En mi opinión, el paso que dio Walton —y que

⁶ Aquí y en adelante, las traducciones de las citas en inglés son mías.

hoy en día es seguido por muchos teóricos de la argumentación— fue en la dirección correcta.

¿Cuál es el problema con la insistencia en que el conocimiento debe ser adquirido por uno mismo y que no debemos fiarnos de lo que nos dicen otras personas? Al fin y al cabo, qué duda cabe de que muchas de las cosas que nos dicen son poco fiables y no debemos creerlas ciegamente. Puede que la otra persona nos intente engañar o que no haya adquirido sus creencias de manera competente y fiable —por muy convencida que esté de ellas—. Eso es innegable. El problema, sin embargo, está en asumir que —dejando aparte hipótesis descabelladas sobre sueños y cerebros en probetas— *podemos fiarnos completamente de lo que percibimos nosotros mismos*. Ante un conflicto entre lo que percibimos y lo que se nos dice, no siempre debemos confiar más en nuestra experiencia. Lo cierto es que aquella jocosa frase de Chico Marx en *Sopa de ganso*, «¿A quién va usted a creer, a mí o a sus propios ojos?», no tiene en todos los casos una respuesta tan clara como pueda parecer.

La idea de que las creencias adquiridas por la percepción propia son siempre superiores a las creencias adquiridas por medio de otras personas es — en mi opinión— una de las causas de la proliferación de creencias irracionales. En muchas ocasiones, creer a otras personas es mucho más razonable que confiar en nuestra percepción, especialmente cuando esas personas son expertos que han adquirido conocimiento por medio de observaciones más cuidadosas y procesos más fiables. Nuestra percepción ingenua es engañosa y parcial. De acuerdo con mi percepción de las cosas, por ejemplo, la Tierra está inmóvil y un objeto solo se mueve cuando es movido por otro, pero la ciencia me muestra que la Tierra gira alrededor del Sol y que los objetos cumplen el principio de inercia. No es casual que tantos creyentes en pseudoterapias como la homeopatía o la acupuntura apelen a su experiencia personal y desdeñen el conocimiento científico que la contradice: están dando más valor a sus percepciones que a las afirmaciones de otros.

Pensemos en el famoso experimento del gorila invisible (Chabris y Simons, 2010). Los investigadores grabaron un vídeo en el que un grupo de estudiantes se pasaban balones de baloncesto: un equipo con camisetas blancas y otro con camisetas negras. Después, mostraron ese vídeo a los participantes en el estudio y les pidieron que contaran los pases realizados por el equipo blanco — ignorando los pases del equipo negro—. Lo interesante es que, hacia la mitad del vídeo, una estudiante disfrazada de gorila de la cabeza a los pies se paseaba por el medio de la escena, se detenía para mirar hacia la cámara, se golpeaba el pecho y se retiraba. Alrededor de la mitad de los participantes no vieron al

gorila —y su sorpresa fue mayúscula cuando se les informó de que había un gorila en el vídeo—. Algunos de ellos insistieron en que ese gorila no estaba ahí la primera vez que vieron el vídeo (p. 7). Pero estaba. La atención de los participantes en el estudio se había centrado tanto en los países que permanecieron ciegos a un estímulo tan llamativo como este.

Sobre la base de este y otros estudios, los autores concluyen:

Todos creemos que somos capaces de ver lo que hay enfrente de nosotros, de recordar con exactitud sucesos importantes de nuestro pasado, de comprender los límites de nuestro conocimiento, de determinar apropiadamente la causa y el efecto. Pero estas creencias intuitivas a menudo están equivocadas y ocultan limitaciones crucialmente importantes de nuestras habilidades cognitivas (Chabris and Simons, 2010, pp. ix-x).

No solo lo que vemos —y lo que no — puede resultar engañoso, sino también la *forma* en que percibimos lo que sucede a nuestro alrededor. Una fuente común de errores, y que es especialmente relevante al hablar de pseudociencias, es nuestra percepción de relaciones causales en el mundo. Los seres humanos somos propensos a encontrar patrones causales por todas partes, incluso aunque sean incorrectos o simplemente no haya ninguno. Muchas de las cosas que suceden en el mundo se deben al azar, pero nuestra predisposición a interpretar hechos como causas y efectos nos lleva a encontrar patrones incluso en sucesos aleatorios. Como señala Kahneman (2011, p. 115), esto tiene ventajas evolutivas. Parece plausible que, para nuestros antepasados que vivieron en la sabana africana rodeados de depredadores, comportarse como un paranoico fuera beneficioso para la supervivencia. Sin embargo, en las sociedades actuales, esto produce creencias falsas en ámbitos como la medicina, donde pueden resultar perjudiciales o incluso mortales.

Kahneman (pp. 115-116) cuenta una anécdota sobre los bombardeos de Londres durante la II Guerra Mundial. Un mapa de los puntos alcanzados por los cohetes alemanes mostraba varias zonas intactas. Al interpretar esos huecos como patrones premeditados, algunos sospecharon que en esas zonas se ocultaban espías alemanes. Sin embargo, un análisis estadístico mostró que la distribución de los impactos era típica de un proceso aleatorio. A nuestro cerebro le resulta mucho más fácil aceptar una historia causal que una estadística que muestra resultados aleatorios.

En la base de estos errores de atribución de causalidad se encuentra una tendencia a percibir correlaciones entre sucesos que realmente son independientes, lo que se ha llamado *ilusión de correlación* (Fiedler, 2004). En numerosos estudios, personas a las que se mostraban sucesos totalmente

independientes afirmaban que existía una correlación. En un experimento (p. 99), se presentó a los participantes dos grupos indefinidos de personas y dos tipos de conductas: positivas y negativas. La proporción de conductas positivas y negativas en cada uno de los grupos era exactamente la misma, así que no existía ningún tipo de correlación entre un grupo y un tipo de conducta. Sin embargo, los participantes atribuyeron más conductas negativas al grupo minoritario. Entre los factores que influyen en la ilusión de correlación parecen estar las expectativas previas —tendemos a ver justamente las regularidades que esperamos ver— y la atribución de una mayor importancia a ciertas combinaciones de sucesos —la lluvia en un fin de semana nos afecta mucho más que la lluvia en un día laborable, por ejemplo.

En otras ocasiones, aunque los sucesos no sean realmente aleatorios, las relaciones de causas y efectos son demasiado complejas como para ser percibidas a simple vista. Sin embargo, nuestra tendencia a atribuir relaciones causales se apoya en nuestra experiencia inmediata, de modo que muy probablemente haremos una interpretación equivocada de la situación. Pensemos en una persona que tiene síntomas de gripe, decide tomar el producto homeopático *oscillococcinum* y al cabo de unos días ve cómo sus síntomas desaparecen. Naturalmente, la gripe habría desaparecido de la misma forma si esa persona no hubiera tomado ningún producto homeopático, pero nuestro cerebro no puede resistirse a interpretar esos dos sucesos como causa y efecto. Además, en el caso de falsos remedios curativos como este, probablemente también influye la *ilusión de control* (Thompson, 1999), que nos hace sobrestimar nuestra influencia sobre hechos que escapan a nuestro control.

La tendencia humana a aceptar explicaciones causales superficiales —y a menudo equivocadas— de sucesos que son muy complejos o incluso aleatorios contribuye a crear una engañosa sensación de que comprendemos todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Así se ve en sesgos como el *sesgo de retrospectiva*, que nos hace ver sucesos pasados como inevitables y fácilmente predecibles, y nos lleva a subestimar cuánto nos sorprendieron (Kahneman, 2011, p. 202). Kahneman (p. 201) menciona, por ejemplo, la crisis económica de 2008: ¿a cuánta gente hemos oído decir —por supuesto, *después* de la crisis— que ellos sabían que eso iba a ocurrir?

En conclusión, todos estos datos que nos ofrece la psicología cognitiva deberían ponernos en guardia frente a nuestras experiencias personales. A menudo, lo que percibimos por nosotros mismos *no* tiene más valor que lo que nos dicen otras personas mejor informadas o que han realizado observaciones

más cuidadosas. Y, de hecho, como sostienen Sloman y Fernbach (2017), la clave del éxito cognitivo del ser humano no reside en lo que cada uno de nosotros conoce individualmente sino en lo que conocemos todos en conjunto. Lo que una sola persona conoce realmente es inferior —*muy* inferior— a lo que cree que conoce. ¿Sabe el lector cómo funcionan objetos tan básicos para nuestra vida diaria como un retrete o una cremallera? La mayoría de nosotros no lo sabemos (pp. 7 y 21). Ese conocimiento se encuentra fuera de nosotros, en textos o en la mente de expertos. Sabemos que disponemos de ese conocimiento porque podemos consultar un libro o preguntar a alguien que sepa. Así que la insistencia en que el conocimiento adquirido por uno mismo es más valioso en realidad ensalza un conocimiento insuficiente —en el mejor de los casos— o creencias engañosas e irracionales — en el peor—.

§3. La reflexión solitaria

El individualismo que hemos visto en ciertas concepciones muy extendidas del conocimiento también es evidente en el razonamiento, en lo que habitualmente se entiende por ser «crítico» o «reflexivo». Se trata de una idea plasmada en la conocida expresión «piensa por ti mismo», repetida incansablemente en nuestros días. No debemos dejar que los demás nos influyan. Debemos reflexionar y analizar las cosas por nosotros mismos.

Es cierto que, en los inicios de la filosofía, vemos a Sócrates dedicado intensamente a la práctica de la discusión crítica con sus conciudadanos atenienses. A pesar de citas ocasionales como la que encabeza el presente artículo, en la que rechaza la importancia de que los demás acepten o no nuestros puntos de vista, Sócrates razonaba siempre por medio del diálogo con otros. Más tarde, durante una parte de la Edad Media, la filosofía se enseñó por medio de la práctica de la *disputatio*, el método formal de debate. Sin embargo, a medida que avanzamos en la historia de la filosofía, la importancia de la discusión crítica para poner a prueba nuestras creencias se va diluyendo — aunque sin llegar a desaparecer del todo⁷—. No es hasta el siglo XX cuando, de la mano de autores como Dewey, Popper o Habermas, vuelve a reconocerse ampliamente el valor del diálogo y la crítica. En teoría de la argumentación, la lógica (monológica) fue la perspectiva predominante hasta finales del siglo XX, cuando vuelve a emerger la dialéctica como una disciplina extensamente

⁷ Como me recuerdan dos revisores anónimos de esta revista, todavía encontramos diálogos escritos en pensadores como Galileo y Berkeley. Y, por supuesto, también hay una defensa de los beneficios de la discusión crítica en John Stuart Mill.

valorada y estudiada —véase, por ejemplo, el caso de la pragmadialéctica (cf. Eemeren y Grootendorst, 2004)—.

Descartes, como ya se ha dicho en la sección anterior, es uno de los filósofos más populares, y su *Discurso del método* es ampliamente conocido. En la segunda parte de este ensayo, tras haber rechazado todo lo aprendido hasta ese momento, Descartes se propone construir un conocimiento seguro a partir de unos fundamentos firmes. Se trata, como hemos visto ya, de una labor solitaria —al final de la tercera parte, Descartes busca un lugar «solitario y retirado» para vivir—. La primera regla que decide seguir es que solo admitirá como verdadero lo que *a él* le parezca claro y distinto. El método introspectivo que propone de análisis y deducción de creencias le sirve, según dice, para estar «seguro de usar en todo mi razón».

Hoy en día, en una línea de pensamiento cercana a la de Descartes, se nos exhorta desde la filosofía popular y desde la divulgación del pensamiento crítico a que *reflexionemos* sobre nuestras creencias. La ignorancia y el error se deben —a menudo se dice— al hecho de que la gente mantiene creencias de manera *irreflexiva*, y la solución consiste en ensalzar el valor epistémico de la reflexión. Debemos detenernos a pensar sobre nuestras creencias y sobre sus fundamentos. De este modo, podremos detectar nuestros errores y formarnos creencias más fiables. Muchas caracterizaciones del pensamiento crítico se fundamentan en la idea de que el pensador crítico debe *pensar* de acuerdo con unos estándares de corrección y adecuación con el fin de tomar una buena decisión sobre qué creer o hacer (cf. Hitchcock, 2018). Entre los componentes del proceso de adquisición del pensamiento crítico se encuentran la observación, la imaginación, la inferencia y la experimentación. Por supuesto, el análisis y la evaluación de argumentos también suelen estar incluidos —acertadamente— pero no siempre se sitúan en su contexto natural: el de un diálogo. Y, aunque existen enfoques dialógicos del pensamiento crítico (cf. Paul, 1993), gran parte de esta disciplina parece centrarse en cómo debemos *pensar* y *reflexionar*.

Resulta, sin embargo, muy poco plausible pensar que el 73% de los estadounidenses cree en la existencia de algún fenómeno paranormal, o que más de la mitad de los españoles cree en la eficacia de la acupuntura o la homeopatía, simplemente porque no reflexionan. Si uno se fija en el discurso de muchos partidarios de pseudociencias y creencias supersticiosas, la impresión parece ser más bien la contraria. ¿Cuántos gurús y curanderos insisten en que debemos pensar por nosotros mismos y no creer ciegamente todo lo que se nos dice? La Sociedad de la Tierra Plana se presenta a sí misma

como un arma contra la «opresión del pensamiento» que, «respaldando la razón», ofrece un lugar para los «pensadores rebeldes que marchan valerosamente junto a la razón y la verdad»⁸.

Creo que tiene más sentido pensar que quienes mantienen creencias irracionales —desde luego— reflexionan, al igual que todo el mundo, pero alguna otra cosa falla. En la sección anterior he argumentado que la perspectiva individualista del conocimiento resulta perjudicial por las deficiencias de la percepción. En esta sección intentaré mostrar que la insistencia en la importancia de la reflexión no es menos peligrosa.

Varios estudios han mostrado que la calidad del razonamiento individual es inferior a la del razonamiento que se produce en conjunto con otras personas durante una discusión crítica. Piense, por ejemplo, en el siguiente problema:

Paul está mirando a Linda y Linda está mirando a Patrick. Paul está casado pero Patrick no lo está. ¿Está una persona casada mirando a una persona no casada?

Sí / No / No se puede determinar

¿Cuál cree que es la respuesta correcta? Piénselo un poco antes de mirar la respuesta en la siguiente nota al pie de página⁹. Cuando se pidió a los participantes en un estudio que dieran una respuesta individual, solo el 22% acertó; sin embargo, cuando tuvieron que resolver el problema trabajando en grupos, el 63% proporcionó la respuesta correcta (Trouche, Sander y Mercier, 2014). En cinco grupos en los que uno solo tenía la respuesta correcta y todos los demás estaban de acuerdo en una respuesta incorrecta, el participante que estaba en lo cierto consiguió convencer a los demás. Incluso tres grupos en los que *todos* los participantes estaban inicialmente de acuerdo en una respuesta *incorrecta* terminaron por dar la respuesta correcta (p. 1964).

Sobre la base de resultados como este, que muestran el valor epistémico de la argumentación con otras personas, Deanna Kuhn (2005) sostiene que la educación debe incluir el desarrollo de habilidades argumentativas. Esta autora defiende la dimensión social del razonamiento. «Pensar —dice Kuhn (p. 13)—

⁸ The Flat Earth Society: <https://theflatearthsociety.org/home/index.php/about-the-society>

⁹ No sabemos si Linda está casada o no. Sin embargo, si ella no está casada, entonces un casado (Paul) está mirando a una no casada (Linda). Y, si Linda está casada, entonces una casada (Linda) está mirando a un no casado (Patrick). En cualquiera de los dos casos, una persona casada está mirando a una persona no casada. La respuesta es «Sí».

rara vez se queda en una actividad solitaria que se lleva a cabo en la cabeza de la gente». Por el contrario, pensar es algo que las personas realizan más a menudo en colaboración. Si la educación debe servir para —entre otras cosas— enseñar a los alumnos a pensar, como con frecuencia se dice, entonces la argumentación debe ocupar un lugar central.

En la línea del estudio citado más arriba, Kuhn afirma que la investigación en psicología cognitiva ha mostrado que (p. 114): «En comparación con los casos en los que piensan solas, las personas progresan más, y lo hacen más rápido, si piensan en colaboración, incluso cuando ninguna de ellas tiene inicialmente el enfoque correcto».

Además, si nuestra percepción es poco fiable por ser parcial y sesgada —como he mostrado en la sección anterior—, nuestro razonamiento es aún más sospechoso de esto. Pensemos, por ejemplo, en el *sesgo de la creencia*, que nos lleva a aceptar o rechazar argumentos deductivos sobre la base de si estamos de acuerdo o no con la conclusión, en lugar de sobre la base de si son válidos o inválidos (Evans, 2004). Los argumentos que apoyan nuestros puntos de vista suelen parecernos mejores —independientemente de si realmente lo son.

Uno de los descubrimientos más sorprendentes de la psicología cognitiva durante las últimas décadas es que los seres humanos no somos conscientes de las razones que tenemos para nuestras decisiones —si por «razones» entendemos las *causas* de nuestras decisiones—. Hace ya varias décadas, Nisbett y Wilson (1977) hicieron una revisión de multitud de experimentos en los que los participantes cambiaron de opinión o de actitud por causa de algún estímulo pero después esos mismos participantes no fueron capaces de identificar las causas de ese cambio en sus informes verbales. Además, llevaron a cabo estudios que mostraban que los participantes desconocían los verdaderos motivos para algunas de sus decisiones. En uno de esos estudios (p. 243) pidieron a los participantes que evaluaran cuatro pares de medias y que eligieran las de mayor calidad. En realidad, los cuatro pares eran idénticos. La gran mayoría de los participantes escogió las medias situadas más a la derecha. Sin embargo, cuando se les pidieron las razones de su elección, ninguno de ellos mencionó la posición de las medias. De hecho, cuando se les preguntó directamente si la posición podía haber influido en su decisión, prácticamente todos lo negaron.

Pero probablemente el sesgo más famoso y más generalizado del razonamiento humano sea el *sesgo de confirmación* (también llamado más recientemente por algunos autores *myside bias*). Este sesgo nos lleva inconscientemente a seleccionar e interpretar pruebas, producir argumentos y

comprobar hipótesis de una manera que sistemáticamente se inclina hacia la confirmación de nuestras propias ideas. Es difícil encontrar un sesgo que esté más generalizado, y sobre el que haya un mayor acuerdo entre los estudiosos del asunto, que el sesgo de confirmación (Nickerson, 1998). Además, uno de los aspectos más llamativos de esta tendencia a favorecer nuestros propios puntos de vista es que nos afecta a todos independientemente de nuestro nivel de inteligencia (Stanovich, West y Toplak, 2013). Unas mayores capacidades cognitivas no parecen eliminar o siquiera atenuar el sesgo de confirmación.

Como sostienen Mercier y Sperber (2017, p. 216), la existencia generalizada de este sesgo supone un problema para la idea —frecuentemente asumida— de que la función principal de la razón humana es formarse mejores creencias y tomar mejores decisiones. Si esa idea fuera cierta, el razonamiento solitario debería llevarnos a examinar minuciosamente nuestras razones en busca de defectos, pero eso no sucede. El razonamiento solitario rara vez cuestiona nuestras primeras intuiciones y de hecho, al producir únicamente razones que favorecen nuestra posición, exacerba el sesgo de confirmación y nos hace sentirnos más confiados. Cuando se pidió a los participantes en un estudio que pensarán detenidamente en el problema de Linda —ya mencionado— y que justificaran su respuesta, la mayoría dieron una respuesta incorrecta de la que estaban muy seguros (p. 234).

Esto no sucede únicamente con el sesgo de confirmación. Los sesgos suelen ser inconscientes, de modo que la reflexión es incapaz de detectarlos y solo nos proporciona una engañosa sensación de confianza en nuestras opiniones (Pronin, 2007). De hecho, el papel de la reflexión en el proceso de revisión de nuestras creencias y de detección de errores es tan deficiente que el filósofo Hilary Kornblith, tras revisar varios estudios psicológicos, concluye:

El tipo de reflexión que típicamente tiene lugar en los agentes humanos reales no es, por tanto, el tipo de cosa que uno querría fomentar. No mejora su situación epistémica; no ayuda típicamente en el proyecto de obtener una comprensión correcta del mundo; en los casos en los que la mejora epistémica es necesaria, típicamente provoca que el agente epistémico esté más seguro pero no menos equivocado (Kornblith, 2002, p. 122) .

Así, es fácil ver que, cuando el mensaje que reciben los partidarios de pseudociencias y otras creencias irracionales es que deben «reflexionar» o «pensar por sí mismos», el resultado no puede ser otro que una mayor obcecación. La razón humana no está preparada para realizar el trabajo crítico necesario. En lugar de ello, la propuesta de Mercier y Sperber es que la principal función de la razón es *la argumentación*:

La razón, como argumentaremos, evolucionó como respuesta a problemas que se encuentran en la interacción social en lugar del pensamiento solitario. La razón cumple dos funciones principales. Una función ayuda a solucionar un importante problema de coordinación al producir justificaciones. La otra función ayuda a resolver un importante problema de comunicación al producir argumentos (Mercier y Sperber 2017, pp. 182–183)

Estas capacidades de producción de argumentos y justificaciones se desarrollaron, naturalmente, junto con una capacidad para evaluar las razones que recibimos de otros (p. 332). El contexto principal de uso de las razones, por lo tanto, no es la reflexión individual sino la interacción con otras personas. Por eso, afirman:

En nuestro enfoque interaccionista, las condiciones normales para el uso del razonamiento son sociales, y más específicamente dialógicas. Fuera de ese ambiente, no hay ninguna garantía de que el razonamiento beneficie a quien razona (op. cit., p. 247).

La existencia del sesgo de confirmación queda así explicada por el hecho de que una de las funciones de la razón es producir argumentos *que apoyen nuestro punto de vista*. No es, por tanto, un fallo sino una *característica* de la razón. Durante el razonamiento solitario, el resultado de esto puede ser desastroso. Pero, durante las discusiones críticas con otras personas —el entorno natural del razonamiento—, la razón ofrece sus mejores resultados. Esto es así porque, mientras que cada uno se centra en producir las razones que apoyan sus propias opiniones de manera sesgada y perezosa, la razón evalúa las razones de los demás de manera objetiva y exigente (p. 235). De este modo, como hemos visto en los experimentos con el problema de Linda, las mejores razones prevalecen.

Parece plausible que el éxito de la ciencia en el avance de nuestro conocimiento se deba precisamente a la práctica argumentativa. El científico solitario, cartesiano, que revoluciona nuestra comprensión del mundo con una teoría desarrollada por su cuenta, no existe. La comunidad científica es una *comunidad crítica* y sus miembros habitualmente ponen a prueba las teorías de los demás y hacen públicas sus propias teorías para su escrutinio (Koertge, 2013). El éxito cognitivo del ser humano no se apoya en nuestras capacidades individuales sino en nuestras interacciones sociales (cf. Sterelny, 2012; Tomasello, 2014).

Sin embargo, es importante enfatizar que las discusiones deben tener lugar en comunidades *críticas*. Noretta Koertge (2013, p. 169) contrasta la idea de

comunidades críticas con la de *compañeros de creencias* (*belief buddies*). Los compañeros de creencias comparten unos intereses similares, mantienen unos puntos de vista que contribuyen a sus intereses, desalientan el desacuerdo y rechazan la crítica. En esos grupos no hay auténtica argumentación. Todos sus miembros comparten aproximadamente las mismas creencias y sus interacciones se limitan a ser de refuerzo mutuo. Esto explica que muchas creencias irracionales persistan incluso a pesar de que sus partidarios se reúnen y dialogan —como ocurre, por ejemplo, con las asociaciones de pseudoterapias, ciertos movimientos sociales o la Sociedad de la Tierra plana—.

En este tipo de diálogos entre compañeros de creencias, a menudo se produce lo que el psicólogo Irving Janis (1982) denominó *pensamiento de grupo*. Janis estudió varios casos de decisiones tomadas por grupos de personas que resultaron desastrosas, tales como la invasión de la Bahía de Cochinos en 1961, la nula preparación para un posible ataque a Pearl Harbor en 1941 y la guerra de Vietnam. Impresionado por los errores abismales cometidos por personas muy inteligentes y capaces, Janis propuso que los grupos de decisión con ciertas características producen un pensamiento de grupo que sustituye al pensamiento crítico. Este fenómeno se da en algunos grupos muy cohesionados y se manifiesta en una tendencia al conformismo con el grupo, lo que produce un exceso de optimismo, una falta de vigilancia crítica y un pensamiento simplista basado en eslóganes sobre la debilidad e inmoralidad de quienes no están dentro del grupo (p. 12).

Además del grado de cohesión del grupo, otra condición que debe darse para que surja el pensamiento de grupo es el *aislamiento* del grupo, que evita que sus miembros reciban información independiente y evaluaciones críticas de fuera (p. 176). Especialmente en situaciones de estrés o de conflicto con otro grupo, los grupos muy cohesionados que comparten los mismos valores y las mismas creencias tienden hacia el aislamiento, hacia la protección de esos valores y creencias y hacia las caracterizaciones estereotipadas de las personas externas al grupo. En esas circunstancias, el pensamiento de grupo se manifiesta principalmente en tres síntomas (pp. 174-175):

Sobrestimación de las capacidades y la moralidad del grupo: surge una ilusión de invulnerabilidad que crea un excesivo optimismo, así como una creencia incuestionable en la moralidad del grupo que lo lleva a ignorar las consecuencias de sus decisiones.

Mentalidad cerrada: los miembros se esfuerzan por producir racionalizaciones para rechazar información que pueda llevar al grupo a reconsiderar sus

asunciones, y se mantienen visiones estereotipadas del quienes están fuera del grupo.

Presión hacia la uniformidad: los miembros se autocensuran para no desviarse del consenso del grupo y presionan a cualquier miembro que cuestione las asunciones e ilusiones del grupo.

Salvando las distancias —ya que no se trata de grupos de toma de decisiones y, hoy en día, están conectados con el resto del mundo por medio de Internet—, es fácil encontrar algunas de estas características en grupos actuales de defensa de creencias pseudocientíficas y supersticiosas. Los partidarios de pseudoterapias como la homeopatía sienten que deben defender sus creencias de un «enemigo» —la medicina científica— y cierran filas para protegerse de la crítica y el desacuerdo. La uniformidad de creencias, la tendencia a considerar como enemigo a quien manifieste un desacuerdo y la excesiva confianza en pruebas débiles o defectuosas también caracterizan a grupos como la Sociedad de la Tierra Plana y a creyentes en conspiraciones como la del 11 de septiembre.

Así que, en conclusión, el mejor mensaje que la filosofía y la divulgación científica pueden enviar al público general es que debemos estar dispuestos a argumentar con otras personas que estén en desacuerdo con nosotros en circunstancias que fomenten la crítica libre. En este sentido, sería positivo hacer énfasis en las reglas que deben cumplirse en una discusión crítica, tales como las que ha propuesto la teoría pragmadialéctica de Eemeren y Grootendorst (2004), así como en las condiciones necesarias para una deliberación fructífera en el espacio público (cf. Vega Reñón, 2017). En esas condiciones es como la razón humana da sus mejores frutos. Las exhortaciones a «reflexionar» o a «pensar por uno mismo», como hemos visto en esta sección, contribuyen a empeorar el problema de las creencias irracionales en lugar de atenuarlo. Y, como muestra el fenómeno del pensamiento de grupo, el diálogo dentro de un grupo cohesionado, aislado del resto y enfrentado a otros que piensan diferente también produce errores graves de razonamiento. La afirmación de la interdependencia de los seres humanos debe ir acompañada de una disposición a la crítica y el cambio de opinión.

§4. Conclusión

El avance de la ciencia y la amplia difusión del conocimiento hacen difícil comprender la actual persistencia de creencias manifiestamente falsas. Como ya

se admitió en la introducción, el fenómeno es complejo y sin duda se debe a varias causas. En este artículo me he centrado en una idea que a menudo se escucha en la filosofía, en los movimientos de pensamiento crítico y en la divulgación científica, y que en mi opinión solo contribuye al recrudecimiento de la irracionalidad: el ensalzamiento del conocimiento de primera mano y del pensamiento autónomo. Numerosos estudios realizados en el ámbito de la psicología cognitiva demuestran de manera concluyente que nuestras percepciones pueden ser engañosas y que el razonamiento individual está plagado de sesgos. Los seres humanos simplemente no funcionamos bien en solitario.

Nuestro éxito como especie se debe más bien a la forma en que colaboramos. El impresionante grado de conocimiento del mundo que hemos logrado solo ha sido posible gracias a la comunicación y a la división del trabajo cognitivo —lo que permitió, entre otras cosas, la aparición de expertos y la transmisión de información—. Por tanto, es una equivocación pensar en términos de una alternativa entre conocer por uno mismo y creer lo que nos dicen los demás. La pedagogía del pensamiento crítico es, sin duda, muy necesaria, pero debería partir de la base de que todos inevitablemente adquirimos conocimiento por medio de otras personas y razonamos junto a ellas. Los mensajes individualistas no son una opción viable: solo sirven para afianzar nuestros sesgos. En lugar de ello, para promover el pensamiento racional, deberíamos centrarnos en evaluar quiénes nos proporcionan un conocimiento fiable —y quiénes no— y en analizar qué circunstancias fomentan la argumentación crítica y razonable —y cuáles provocan el desvío hacia el pensamiento de grupo—. Como concluyen Sloman y Fernbach (2017, p. 218): «Los humanos no estamos hechos para convertirnos en expertos en todas las materias; los humanos estamos hechos para participar en una comunidad.»

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue posible gracias al proyecto CONICYT/FONDECYT de Postdoctorado n° 3190149 del gobierno de Chile.

REFERENCES

- BORDES SOLANAS, Montserrat (2011). *Las trampas de Circe: falacias lógicas y argumentación informal*. Madrid: Cátedra.
- CHABRIS, Christopher y SIMONS, Daniel (2010). *The invisible gorilla*. New York: Crown Publishers.
- COADY, C. A. J. (1992). *Testimony: A philosophical study*. New York: Oxford University Press.
- EEMEREN, Frans H. van y GROOTENDORST, Rob (2004). *A systematic theory of argumentation*. New York: Cambridge University Press.
- EVANS, Jonathan (2004). «Biases in deductive reasoning». En: *Cognitive illusions*, editado por Rüdiger F. Pohl. Hove, NY: Psychology Press, pp. 127–144.
- FECYT. (2017). *Percepción social de la ciencia y la tecnología 2016*. Madrid: FECYT.
- FIEDLER, Klaus (2004). «Illusory correlation». En: *Cognitive illusions*, editado por Rüdiger F. Pohl. Hove, NY: Psychology Press, pp. 97–114.
- FRANKFURT, Harry G. (2005). *On bullshit*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- GRECO, John (2012). «Recent work on testimonial knowledge». *American Philosophical Quarterly* 49(1): pp. 15–28.
- HAMBLIN, Charles L. (2016). *Falacias*. Trad. de Hubert Marraud. Lima: Palestra.
- HARAMBAM, Jaron y AUPERS, Stef (2017). «‘I Am Not a Conspiracy Theorist’: Relational Identifications in the Dutch Conspiracy Milieu». *Cultural Sociology*, 11(1): pp. 113–129.
- HITCHCOCK, David (2018). «Critical Thinking», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, editada por Edward N. Zalta, URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/fall2018/entries/critical-thinking/>>.
- JANIS, Irving Lester (1982). *Groupthink: Psychological studies of policy decisions and fiascoes*. 2ª ed. Boston: Houghton Mifflin.
- KAHNEMAN, Daniel (2011). *Thinking, fast and slow*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- KOERTGE, Noretta (2013). «Belief buddies versus critical communities: The social organization of pseudoscience». En *Philosophy of pseudoscience: Reconsidering the demarcation problem*, editado por Massimo Pigliucci y Maarten Boudry. Chicago: University of Chicago Press, pp. 165–180.
- KORNBLITH, Hilary (2002). *Knowledge and its place in nature*. New York: Oxford University Press.

- KUHN, Deanna (2005). *Education for thinking*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- MERCIER, Hugo y SPERBER, Dan (2017). *The enigma of reason*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- NICKERSON, Raymond S. (1998). «Confirmation bias: A ubiquitous phenomenon in many guises». *Review of General Psychology* 2(2): pp. 175–220.
- NISBETT, Richard E. y WILSON, Timothy D. (1977). «Telling more than we can know: Verbal reports on mental processes». *Psychological Review* 84(3): pp. 231–259.
- PAUL, Richard (1993). «Critical thinking, moral integrity and citizenship: Teaching for the intellectual virtues». En: *Critical thinking. How to prepare students for a rapidly changing world*. Santa Rosa, CA: Foundation for Critical Thinking, pp. 255–267.
- PRONIN, Emily (2007). «Perception and misperception of bias in human judgment». *Trends in Cognitive Sciences* 11(1): pp. 37–43.
- SAGAN, Carl (1997). *The demon-haunted world*. London: Headline Book Publishing.
- SLOMAN, Steven y FERNBACH, Philip (2017). *The knowledge illusion: Why we never think alone*. New York: Riverhead Books.
- STANOVICH, Keith E., WEST, Richard F. y TOPLAK, Maggie E. (2013). «Myside bias, rational thinking, and intelligence». *Current Directions in Psychological Science* 22(4): pp. 259–264.
- STERELNY, Kim (2012). *The evolved apprentice: How evolution made humans unique*. Cambridge, MA: MIT Press.
- THOMPSON, Suzanne C. (1999). «Illusions of control: How we overestimate our personal influence». *Current Directions in Psychological Science* 8(6): pp. 187–190.
- TOMASELLO, Michael (2014). *A natural history of human thinking*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- TROUCHE, Emmanuel; SANDER, Emmanuel y MERCIER, Hugo (2014). «Arguments, more than confidence, explain the good performance of reasoning groups». *Journal of Experimental Psychology: General* 143(5): pp. 1958–1971.
- UNESCO (2011). *Teaching Philosophy in Europe and North America*. Paris: UNESCO.
- VEGA VEÑÓN, Luis (2017). *Lógica para ciudadanos*. Saarbrücken: Editorial Académica Española.

WALTON, Douglas (1997). *Appeal to expert opinion: Arguments from authority*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.



NOTES ON CONTRIBUTOR

JOSÉ ÁNGEL GASCÓN is a PhD in philosophy (UNED) with a doctoral dissertation on argumentation theory. He has published articles in journals such as *Topoi*, *Informal Logic*, *Argumentation* and *Revista Iberoamericana de Argumentación*. He currently works at UCSC in Concepción (Chile), with a postdoctoral fellowship awarded by FONDECYT/CONICYT.

CONTACT INFORMATION

Centro de Investigación en Educación y Desarrollo, Universidad Católica de la Santísima Concepción. Alonso de Ribera 2850, Concepción, Chile. e-mail (✉): jgascon@ucsc.cl · iD: <http://orcid.org/0000-0001-5571-6602>.

HOW TO CITE THIS ARTICLE

Gascón, José Ángel (2020). «Pensadores autónomos, pensadores irracionales». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 9, no. 13: pp. 00–00.